

EL ROBLE CENTENARIO

Cristina María Menéndez Maldonado



EIRENE EDITORIAL

© El roble centenario: Cristina M. Menéndez Maldonado
Cedido en 2014 para uso no comercial a Eirene Editorial «El club Eirene»

EL ROBLE CENTENARIO

Érase una vez un árbol que se amaba sus raíces. Con ellas enlazaba a la tierra fuertemente, sosteniendo el suelo, alimentándose de la riqueza que le rodeaba. También era cobijo de multitud de criaturas, plantas, animales y seres desconocidos que se refugiaban bajo su protección. Sus ramas eran esbeltas y el roce del viento hacía bailar las hojas, como si acompañase el murmullo de una eterna canción... Era en verdad el roble más bello del bosque, y se sentía feliz y afortunado simplemente por existir.

Los pajarillos que en él anidaban también se sentían a gusto sobre sus fuertes ramas, y a menudo le pedían que relatase a los más pequeños, todo lo que había visto... Y es que aquel roble, había vivido muchos, muchos años, y conocía las historias de los inquilinos que se habían refugiado bajo sus hojas. Incluso había sobrevivido a una guerra...Aún se entristecía al recordar como habían sido talados algunos de sus hermanos, sirviendo de hogueras a los atrincherados. Solo él y unos pocos más habían sobrevivido.

Cierto día de verano, el árbol recibió la visita de un pájaro de extraordinaria belleza. «Ave del paraíso» se hacía llamar. Nunca había tenido la fortuna de contar con un habitante tan hermoso como aquel.

—Me siento honrado con tu presencia— le dijo el árbol al pájaro.

—Oh no, soy yo quién se siente honrado al vivir en un árbol tan robusto como tú— dijo el ave, y prosiguió—: vengo de muy lejos solo para conocerte.

—¿A mí?— Se extrañó el árbol— ¿Qué tiene de especial un roble centenario? No soy el único de este bosque. ¿Por qué entonces me buscas?

—Es cierto que no eres el único roble de este bosque— respondió el hermoso pájaro—. Pero he oído decir que eres el más feliz de todos.

—¿Y qué tiene de particular ser feliz?— preguntó el árbol—. Imagino que tú tienes también muchos motivos para ser feliz. Tu plumaje es hermoso y puedes contemplar el sol desde muy cerca gracias a tus poderosas alas, que te transportan allá donde deseas ir. Creo que tienes numerosas razones para ser feliz.

—Vaya —reconoció el ave—, visto así tienes razón. Sin embargo aunque me siento afortunada, debo volver al paraíso de donde vienen las especies como la mía, y no podré lograrlo hasta que no consiga ser feliz del todo. Es por eso que he venido desde muy lejos para conocerte... Todos hablan de ti. Necesito que me enseñes cuál es la receta de la felicidad.

—Pero yo no tengo ninguna receta— Rió el árbol, sorprendido por las palabras del pájaro—. Se es feliz siendo feliz.

—¡Eso es amigo mío!— resolvió alegremente el ave—, ahí está la primera lección. Creo que me quedaré contigo una temporada, de ese modo no se me escapará ninguna de tus enseñanzas.

—Siempre serás bienvenido entre mis hojas, aunque debo advertirte que no soy ningún maestro, solo un árbol sencillo con una vida sencilla.

Cobijada en las ramas de aquel árbol el ave del paraíso aprendió muchas cosas. Cosas que siempre había sabido. Cosas que había olvidado.

—¿Qué te hace feliz? —le preguntó el ave al árbol una mañana.

—El roce del viento en mis hojas despertándome cada mañana, la canción de las aves al amanecer, el sol bañándome con su luz, la primavera. Hay tantas cosas por las que dar gracias...

—¿Dar gracias?— preguntó el ave asombrada— ¿Acaso das gracias también por el granizo que azota tus ramas? ¿Y por la nieve que congela tus raíces devorándolas sin piedad?

—Doy gracias por ser fuerte para soportar todas las tempestades y ofrecermé como refugio de los débiles. Entonces observo que la lluvia, la tempestad, el granizo y la nieve amainan su furia contra mí y doy gracias.

El pájaro se quedó sin palabras. No podía comprender como el árbol agradecía también lo malo. El camino para lograr la feli-

cidad completa sin duda resultaba harto difícil— pensó el ave, un poco disgustada.

Los días siguientes el hermoso pájaro trató de estar alerta a todos y cada uno de los comentarios del árbol. De ese modo conseguiría aprenderlo todo más rápido y volvería a su ansiado paraíso. Sin embargo, aquella tarde el árbol no habló, se limitó a dejar mecer sus ramas por el viento mientras tarareaba un interminable blues.

—¿Quieres callarte de una vez? Desafinas —le dijo el ave al árbol.

—Relájate buen amigo —le dijo el roble con una mueca divertida—. Desde que practico el canto lo hago mucho mejor que antes...

—¿Qué quieres decir? ¿Hay quizá algo oculto en tus palabras? ¿Una enseñanza que debo aprender? Por favor, por favor, dímelo, dímelo, anda— suplicó el pájaro cada vez más intrigado y dando saltitos nerviosos alrededor del tronco.

—Siento decepcionarte querido amigo, solo quise decir que te relajases. Deberías tomarte la vida con más tranquilidad.

—Está bien, está bien, me relajaré, —dijo el pájaro un tanto molesto—, pero por favor deja de cantar, me levanta dolor de cabeza.

Aquella noche el pájaro no pudo dormir. Una parte de su mente le decía que se marchase, que estaba perdiendo su tiempo con aquel árbol, pero la curiosidad era más fuerte...Quizá debería quedarse para esperar la lección más importante, esa lección que llega inesperadamente y que sin saber cómo, es capaz de cambiar todas las cosas.

Así pasaron los días, y las estaciones, pero el pájaro no había encontrado lo que ansiaba aprender, sin embargo, todo aquel tiempo le había servido para relajarse un poco y tomarse la vida con más tranquilidad.

El árbol le había desconcertado por completo con su calma y había descubierto con regocijo que cada estación le otorgaba una belleza distinta a su amigo. Así la primavera nutría sus hojas, llevando sus pies de florecillas inquietas realzando su fuerza, su hermosura; el verano a su vez doraba de luz sus poderosas ramas y

la resina resbalando por su madera viva se convertía en ámbar precioso. Ni siquiera el otoño sin hojas le restaba ni un ápice de belleza. Seguía siendo hermoso, bello en su desnudez, alegre y feliz. Después el invierno, la blancura nevada de los vientos le devolvía la magia de los espíritus helados, y seguía siendo el roble más hermoso.

—¡Buenos días! —dijo el árbol al ave mientras se desperezaba—. Hoy es un día especial —rió contento.

—¿Especial? —preguntó el pájaro.

—Sí, ya es primavera y pronto regresarán mis amigos los pajarillos de las cálidas tierras del sur.

—Es cierto —pensó el ave—. La verdad es que echo de menos a esas criaturitas revoltosas, y me encantaría haber contado con el don de cantar tan lindo como ellas.

—Hay amigo mío —comentó el árbol—, cada uno de nosotros posee sus propios talentos, el buen Dios no olvida jamás a ninguno de sus hijos. Esas «aparentes» diferencias que señalas no son más que sombras, porque si nuestros oídos aprecian la belleza que los demás derraman por el mundo, qué importa quien la generó.

Cuando me cuentas con detalle tus hermosos vuelos en las lindes del radiante sol, acaso no crees que yo también despliego mis ramas, cierro los ojos y viajo contigo. En el corazón de un viejo roble no solo hay madera centenaria, también hay savia joven que sueña, como los pájaros, con jugar con los vientos y ser gelatina que resbala por los ríos y mares como el salmón. Para ser todo eso, solo tengo que cerrar los ojos e imaginar...

—¡Qué hermosas son tus palabras, viejo roble! —dijo el ave soñadora—. Y qué estúpido he sido todo este tiempo soñando con alcanzar el paraíso. Ahora sé que no quiero ir a ningún otro lugar, que me siento feliz en tus ramas y que invierno tras invierno he aprendido, aun sin saberlo que la felicidad no es un instante sino un camino infinito. Muchas gracias amigo mío.

—No debes darme las gracias. Eres tú el que ha decidido creer... Tus palabras si me han llenado el alma, porque ahora se que deseas quedarte y eso me alegra profundamente. Si no hubieses venido desde tan lejos para conocerme, tampoco yo habría visto, a

través de tus ojos, el resplandor del sol. Han sido tus vuelos un hermoso diario compartido y yo un afortunado espectador.

—Si algo he aprendido en todos estos años, es que cualquier ser debe emplear su tiempo en algo que le haga feliz una vez al día como mínimo. Pues bien, yo transmitiré a tus inquilinos y a ti mismo, mis aventuras en los cielos, como ave privilegiada que soy para que otros puedan degustar la magia que los vientos más elevados transmiten solo a los que alcanzan sus lindes. Ese será mi cometido feliz a partir de este momento...Después cuando el ocaso nos cubra con su duermevela, me acurrucaré a tus pies como una florecilla cobijada en tus raíces para escuchar tus historias y tus canciones, cada vez lo haces mejor, amigo mío —rió el ave.

—Y yo —dijo el roble— me sentiré feliz por tenerte a mi lado...

Así pasaron los inviernos, las primaveras y luego un otoño, muchos años después. El ave del paraíso ya no era tan joven como antaño, ni volaba tan alto como en sus primeros tiempos, pero, su felicidad crecía inexplicablemente cada día.

—He volado mucho —habló un poco cansada—, he conocido hermosas tierras en la lejanía, pero este hogar que me brindan tus raíces, es sin duda, el que me hace más feliz. Por eso cuando ya no exista, cuando mi cuerpo sea parte de esta tierra que te alimenta, no desearé otro paraíso que el de nacer aquí mismo otra vez.

El roble sabía muy bien que esa era la despedida. Que ese amigo, que había compartido tantos años con él ya se marchaba a su paraíso volando, como siempre, hacia el sol. Por eso quiso acunarle como solía hacer con sus otros inquilinos más jóvenes, mientras ambos contemplaban la luna en aquella repleta de estrellas.

Al día siguiente su amigo ya no estaba. Sin embargo una florecilla inquieta, reciente, se asomó entre sus raíces centenarias. Parecía dejarse llevar por el viento con la misma elegancia que lo hiciera su amiga el ave del paraíso. Entonces el roble centenario dio gracias emocionado y lloró resina por sus ancianos ojos.

Su amiga, había aprendido a soñar...



Estimad@ lectora o lector, te agradecemos haber elegido nuestra compañía. Deseamos que, en estas páginas, hayas encontrado los dones que te ofrece la Diosa Eirene, paz, amor, alegría, y que ellos te acompañen siempre en tu camino.

www.eireneditorial.com